

HISTORIA

DE GIL BLAS

DE SANTILLANA.

LIBRO SEPTIMO.

CAPÍTULO I.

De los amores de Gil Blas y la Señora Lorenza Séfora.



UÍ, pues, á Chelva á llevar al buen Simon los tres mil ducados que le habiamos robado. Confieso francamente que en el camino me dieron tentaciones de quedarme con ellos, para dar con tan buenos auspicios principio á mi mayordomía, lo que podia hacer sin riesgo, bastando para viajar cinco ó seis dias, y volverme como si hubiera cumplido con el encargo. Don Alfonso y su padre me tenian en muy buen concepto para sospechar de mi fidelidad; todo me favorecia: sin embargo resistí á la tentacion, y la vencí como hombre de honor, lo que no es poco loable en un mozo que se habia acompañado con grandes pícaros. Yo aseguro que muchos de los que solo tratan con hombres de bien, son en este punto menos escrupulosos; y si no, díganlo aquellos depositarios que, sin peligro de perder su fama, pueden apropiarse lo que se les ha confiado.

Hecha la restitution, que no esperaba el mercader, volví á la quinta de Leiva, en donde ya no estaba el conde de Polan, que con Julia y Don Fernando habian marchado á Toledo. Hallé á mi nuevo amo mas prendado que nunca de su Serafina, á esta cada dia mas enamorada de

su esposo, y á Don César contentísimo de tener consigo á ambos. Dedicuéme á ganar la voluntad de este amoroso padre, y lo conseguí. Me hicieron mayordomo de la casa; todo lo gobernaba, recibia el dinero de los arrendadores, corria con el gasto, y tenia una autoridad despótica sobre los criados; pero lejos de imitar la conducta ordinaria de los de mi empleo, nunca abusé de mi poder. No despedia á los que me disgustaban, ni escigia de los demas una ciega subordinacion. Si acudian á Don César ó á su hijo pidiendo alguna gracia, lejos de estorbarlo hablaba en su favor. Por otra parte la estimacion que continuamente me mostraban mis amos, avivaba mi celo en servirlos, sin atender á otra cosa que á sus intereses. Administré con manos muy limpias, y fuí un mayordomo de los pocos que hay.

Cuando estaba más contento con mi suerte, envidioso el Amor de lo bien que me trataba la Fortuna, quiso que á él tambien tuviese que agra- decerle, y para eso encendió en el corazon de la Señora Lorenza Séfora, criada primera de Serafina, una violenta inclinacion al señor mayordomo. Si he de hablar con la fidelidad de historiador, mi enamorada habia cumplido los cincuenta; pero la frescura de su tez, su rostro agradable, y dos hermosos ojos que sabia manejar con destreza, podian hacer pasar por afortunada mi conquista. La hubiera yo deseado de un poco mas color, porque estaba muy descolorida; pero esto lo atribuí á la austeridad del celibato.

Usó mucho tiempo del atractivo de sus miradas cariñosas; mas yo en lugar de corresponder á ellas, aparentaba no conocer sus designios: y así me tuvo por novato en el amor, y no le desagradó mi cortedad. Juzgó era inútil el lenguaje de los ojos con un muchacho á quien creia menos instruido de lo que estaba; y así en nuestra primera conversacion se me declaró en términos formales, á fin de que no lo dudase. Se manejó como muger práctica; hizo como que se turbaba, y despues de haberme dicho á su satisfaccion cuanto quiso, se tapó la cara para persuadirme que se avergonzaba de haberme manifestado su flaqueza. Fué preciso rendirme: mostréme muy afecto á sus cariños, no tanto por amor, como por vanidad: hice el apasionado, y aun afecté quererla con tal ardor, que se vió precisada á reñirme; pero esto fué con tanta blandura, que cuando me encargaba procurase contenerme, no parecia disgustada de mi atrevimiento. Hubiera llegado á mas el caso si Séfora no hubiera temido que hiciese mal juicio de su virtud, concediéndome tan fácilmente la victoria. De esta suerte nos separamos hasta otra conversacion, persuadida ella de que su aparente resistencia la haria pasar en mi concepto por un modelo de recato, y yo con la dulce esperanza de ver bien pronto el fin de esta aventura.

Tal era el feliz estado en que me hallaba, cuando un lacayo de Don César vino á aguar mi contento con una mala nueva. Era este uno de aquellos criados que se dedican á saber cuanto pasa en el interior de las casas. Como continuamente me hacia la corte, y todos los dias me traía alguna noticia, me dijo una mañana que acababa de hacer un gracioso descubrimiento que me comunicaria en confianza; pero con la condicion de guardar secreto, por ser cosa de la dama Lorenza Séfora, cuyo enojo temia. Fué tanta la curiosidad en que me puso, que le ofrecí el mayor sigilo: procuré no manifestar que en ello tenia el mas leve interes, preguntándole con frialdad qué descubrimiento era aquel de que me hablaba con tanta reserva.—Es, me dijo, que la señora Lorenza introduce de oculto en su cuarto todas las noches al cirujano del lugar, que es un mozo bien plantado; y el bellaco se está bien sosegado con ella. Doy de barato, prosiguió con tono socarron, que esta accion sea muy inocente; pero vd. convendrá en que un mozo que entra misteriosamente en el cuarto de una soltera da motivo para que no se juzgue bien de su conducta.

Esta noticia me desazonó tanto como si estuviera enamorado de veras; procuré ocultar mi inquietud, y aun me esforcé hasta celebrar con risa una nueva que me atravesaba el alma; pero luego que estuve solo me desquité echando mil bravatas, diciendo dos mil desatinos, y me puse á discurrir el partido que podria tomar. Ya despreciaba á Lorenza y me proponia abandonarla sin dignarme oir sus descargos; y ya creyendo era punto mio escarmentar al cirujano, pensaba desafiarle. Prevaleció esta última determinacion. Escondíme al anochecer, y en efecto le ví entrar en el cuarto de mi dueña de un modo sospechoso. Solo esto faltaba para encender mi ira, que acaso sin este incidente se hubiera mitigado. Salí de casa, y me aposté junto al camino por donde el galan debia marcharse. Le esperaba á pié firme, y cada momento avivaba otro tanto el deseo que tenia de llegar con él á las manos. En fin, dejóse ver mi enemigo, salíle al encuentro con aire de maton; pero yo no sé como diablos sucedió que me hallé repentinamente sobrecogido de un terror pánico como un héroe de Homero, parado en medio del camino, y tan turbado como Páris cuando se presentó á combatir con Menelao. Púseme á mirar á mi hombre, que me pareció robusto y vigoroso, y su espada desmesuradamente larga. Todo ello hacia en mí su efecto; pero fuese la negra honrilla ú otra causa, aunque estaba viendo el peligro con unos ojos que lo hacian todavía mayor, á pesar de mi miedo, que me aguijoneaba para que me volviese, tuve aliento para desenvainar mi tizona, é irme derecho al cirujano.

Sorprendióle mi accion.—¿Qué es esto, señor Gil Blas? exclamó: ¿qué significan esas demostraciones de caballero andante? ¿Vd. sin duda tie-

ne ganas de chancearse?—No, señor barbero, le respondí; no, es cosa muy seria: quiero saber si es vd. tan valiente como galan. No crea vd. le hayan de dejar gozar tranquilamente las finezas de la dama que acaba de ver en casa.—¡Por San Cosme, repusó el cirujano dando una gran carcajada de risa, que es un buen chasco! ¡Las apariencias, vive diez, son harto engañosas! Por estas palabras presumí que tenia tanta gana de quimera como yo, lo que me hizo ser mas audaz.—A otro perro con ese hueso, le repliqué; á otro con esa, amigo mio; yo no soy hombre á quien satisface la simple negativa.—Ya veo, prosiguió, que me será preciso hablar claro para evitar la desgracia que nos puede suceder á vos ó á mí. Voy, pues, á revelaros un secreto, no obstante que los de nuestra profesion deben ser muy callados. Si la dama Lorenza me admite con cautela en su aposento, es porque los criados no sepan su enfermedad. Todas las noches voy á curarle un cáncer inveterado que tiene en la espalda. Vea vd. el fundamento de las visitas que tanto le inquietan. Tranquilícese de aquí en adelante sobre este particular; pero si no está satisfecho con esta declaracion, y quiere absolutamente que riñamos, dígalo, y manos á la obra, pues no soy hombre que huiré el cuerpo. Habiendo dicho estas palabras sacó su montante, cuya vista me horrorizó, y se puso en defensa con un aire que nada bueno me anunciaba.—Basta, le dije envainando mi espada; yo no soy tan bárbaro que no ceda á la razon. Por lo que vd. me ha dicho veo que no es mi enemigo; abracémonos. Mis palabras le dieron á entender que yo no era tan temible como le parecí al principio: envainó con risa la espada, me abrazó, y nos separámos los mayores amigos del mundo.

Desde este momento Séfora se presentaba á mi imaginacion como la cosa mas desagradable. Evité todas las ocasiones que me proporcionaba de hablarle á solas; y mi cuidado y estudio en huir de ella le hicieron conocer mi interior. Admirada de una mudanza tan grande quiso saber la causa, y habiendo encontrado al fin el medio de hablarme á solas, me dijo:—Señor mayordomo, dígame vd., si gusta, el por qué evita hasta mis miradas, y por qué, en lugar de buscar como otras veces, proporcion de hablarme, se estraña tanto de mí. Es verdad que yo dí los primeros pasos; pero vd. me correspondió. Acuérdesese, si no lo lleva á mal, de la conversacion que tuvimos solos; entonces era vd. todo fuego, y ahora no es mas que un hielo. ¿Qué significa esta mudanza? La pregunta era muy delicada para un hombre sincero; y á la verdad me quedé muy perplejo. No tengo presente lo que le respondí; solamente me acuerdo que le disgustó infinito. Séfora parecia un cordero por su semblante afable y modesto; pero cuando se encolerizaba era un tigre. —Creia, me dijo, echándome una mirada llena de despecho y rãbia, creia



honrar mucho á un hombrecillo como él, manifestándole un afecto que caballeros y personas muy nobles harian gran vanidad de haber merecido. Me está muy bien empleado por haberme bajado indignamente hasta un miserable aventurero.

Si hubiera parado en esto, hubiera salido yo del paso á poca costa, pero su lengua furiosa me dijo mil apodos á cual peor. Bien conozco que debí recibirlos á sangre fria, y reflexionar que, despreciando el triunfo de una virtud que yo habia tentado, cometia un delito que las mugeres no perdonan jamas. Un hombre sensato en mi lugar se hubiera reido de estas injurias; pero yo era tan vivo que no pude sufrirlas, y perdí la paciencia.—Señora, le dije, á nadie despreciemos: si esos caballeros de quienes vd. habla le hubiesen visto las espaldas, aseguro que su curiosidad no hubiera pasado adelante. Apenas hube disparado esta saeta cuando la enfurecida dueña me pegó la mas grande bofetada que jamas ha dado muger cólerica. Para no recibir otra, y evitar la granizada de golpes que hubieran caido sobre mí, tomé la puerta con la mayor ligereza. Dí mil gracias al cielo de verme fuera de este mal paso, imaginando que nada tenia que temer, pues la dama se habia vengado, y me parecia que por su propia estimacion debia callar este lance. En efecto, pasaron quince dias sin saber nada de ella, y principiaba á olvidarla cuando supe que estaba mala: confieso que tuve la flaqueza de afligirme; me dió lástima, imaginando que no pudiendo esta desgraciada amante vencer un amor tan mal pagado, se habria rendido á su dolor. Me consideraba yo la principal causa de su enfermedad, y ya que no podia amarla, á lo menos la compadecia. ¡Pero cuánto me engañaba! su ternura convertida en odio, no pensaba mas que en perderme.

Estando una mañana con Don Alfonso, noté que se hallaba triste y pensativo: preguntéle con respeto qué tenia.—Tengo pesadumbre, me dijo, de ver á Serafina tan débil, ingrata é injusta. Tú te admiras, añadió, observando mi suspension; pues cree que es muy cierto lo que te digo. No sé por qué motivo te has hecho tan odioso á Lorenza su criada, que dice es infalible su muerte si no sales prontamente de casa. Como Serafina te ama, no debes dudar habrá resistido á los impulsos de este aborrecimiento, con los cuales no puede condescender sin ser desagradecida é injusta; pero al fin es muger, y ama con extremo á Séfora que la ha criado. La quiere como si fuera su madre, y creeria ser causa de su muerte si no le diese gusto. Por lo que hace á mí, aunque quiero tanto á Serafina, no pienso del mismo modo, y no consentiré te apartes de mí, aunque pereziesen todas las dueñas de España, pues te miro no como á criado sino como á hermano.

Luego que acabó de hablar Don Alfonso, le dije:—Señor, yo he nacido para ser juguete de la fortuna. Pensaba cesaria de perseguirme en vuestra casa, en donde todo me prometia una vida feliz y tranquila: pero al fin me es preciso dejarla, aunque con ella pierda mi mayor gusto.—No, no, exclamó el generoso hijo de Don César. Déjame, yo convenceré á Serafina: no se ha de decir que te hemos sacrificado al capricho de una dueña; demasiado la contemplamos en otras cosas.—Pero, señor, repliqué, irritaréis mas á Serafina si la resistis: mas bien quiero retirarme que esponerme, permaneciendo en casa, á causar desazon entre dos esposos tan perfectos: si esta desgracia sucediese, jamas hallaria yo consuelo. Don Alfonso me prohibió tomar este partido, y le ví tan resuelto, que Lorenza no hubiera logrado su intento, si yo no hubiese permanecido en mi propósito. Es verdad que, picado de la venganza de la dueña, tuve mis impulsos de cantar de plano y descubrirla; pero luego me compadecia considerando que, si revelaba su flaqueza, heria mortalmente á una infeliz, de cuya desgracia era yo la causa, y á quien dos males irremediables echaban al hoyo. Juzgué, pues, que en conciencia debia restablecer el sosiego en la casa saliéndome de ella, pues que era un hombre que ocasionaba tanto daño. Hicelo así al dia siguiente antes de amanecer, sin despedirme de mis amos, temiendo que su cariño estorbaba mi partida, y solo dejé en mi cuarto una cuenta puntual de mi administracion.



CAPÍTULO II.

De lo que sucedió á Gil Blas despues de dejar la casa de Leiva, y de las felices consecuencias que tuvo el mal suceso de sus amores.



O tenia un buen caballo, y llevaba en mi maleta doscientos doblones, procedentes la mayor parte de lo que me tocó de los bandoleros que matamos, y de los mil ducados que robamos á Samuel Simon, porque Don Alfonso habia restituido generosamente toda la cantidad, cediéndome la parte que me habia tocado. Así, mirando mi caudal por esta circunstancia como ya legítimo, gozaba de él sin escrúpulo de conciencia. En una edad como la que yo antes tenia, se confia mucho en el propio mérito, y fuera de esto, con mi dinero nada creia debia temer en adelante. Por otra parte Toledo me ofrecia un agradable asilo, y no dudaba que el conde de Polan tendria mucho gusto en recibir en su casa á uno de sus libertadores. Pero este recurso debia ser cuando todo corriese turbio, y antes de valerme de él, quise gastar parte de mi dinero en correr los reinos de Murcia y Granada que deseaba ver con particularidad. Con este intento tomé el camino de Almansa, de donde prosiguiendo mi viaje, fuí de pueblo en pueblo hasta la ciudad de Granada, sin que me sucediese contratiempo alguno. Parecia que la fortuna, satisfecha ya de tantos chascos como me habia jugado, queria en fin dejarme en paz; pero esta traidora me preparaba otros muchos, como se verá en adelante.

Uno de los primeros sugetos que encontré en las calles de Granada fué el señor Don Fernando de Leiva, yerno como Don Alfonso, del conde de Polan. Ambos quedamos sorprendidos de vernos en Granada.—¿Qué es esto, Gil Blas, me dijo, tú en Granada? ¿qué es lo que aquí te trae?—Señor, le dije, si vd. se admira de verme en este pais, con mucha mas razon se maravillará cuando sepa la causa que me ha obligado á